

**LORD DUNSANY**



**LA MONTAÑA  
ETERNA**

*La Montaña Eterna*, publicada por primera vez en 1944, es una ficción sobre los partisanos de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y su lucha contra los ocupantes nazis. «Cuando los alemanes conquistaron La Tierra, Srebnitz dejó la escuela para unirse al grupo guerrillero de Hlaka en la Montaña. La Tierra es presumiblemente Grecia, pero podría ser cualquier tierra que luchase por su libertad. Los hombres de la Montaña no son individuos sino figuras arquetípicas de una leyenda poética. En cualquier caso, la última invención de Lord Dunsany es aventura en estado puro» (*Time*, 16 de octubre de 1944).

## Palabras Previas

*El hombre que narró esta historia arribó a Londres luego de padecer sufrimientos de los que nunca habló. Estaba lleno de esperanzas, de esperanzas tan firmes que le inculcaban una suerte de alegría, y, en verdad, una espléndida energía. Era tío del muchacho de quien la historia se ocupa principalmente. Y la historia era así: sin detalles, con escasos nombres de personas o lugares, ni siquiera el nombre del país donde se desarrollaba. Algo le había enseñado a no mencionar nombres y a creer que los oídos alemanes están siempre alertas, aun en Londres.*

*Pero no son los nombres o los lugares o los detalles menores lo que importa. Y no estoy seguro de que esta violenta historia mía acerca de la pequeña fracción de la ira de un año furioso perdurará hasta ser leída en los apacibles días que sobrevendrán después de esta guerra, para ponerme a describir con más exactitud esta narración magnífica en su espíritu, su esperanza y su valor.*

L. D.

## I

**E**l ejército se había rendido; los alemanes se esparcían por las montañas; y lo que siempre fuera conocido por La Tierra, como si en realidad no existiera ningún otro país del que ocuparse, habíase convertido en un escenario más del pillaje alemán. Para los hombres acostumbrados a los caballos, los alemanes habían arribado con asombrosa rapidez; para los hombres que jamás hablaban de distancias en términos matemáticos, sino tan sólo del tiempo que les llevaba trasladarse de un lugar a otro, el ritmo de su avance era desconcertante. Un día habían celebrado con alegre repiquetear de campanas las buenas noticias de la firme resistencia que oponía una división en el frente. Al día siguiente los alemanes descendían la calle principal de la pequeña capital.

Los confundidos ciudadanos caminaban lentamente por la plaza central; y, cuando un hombre se encaramó a una tarima donde se acostumbraba servir té por las tardes, muy pronto se formó un corro a su alrededor. Unas pocas palabras corteses y encomiásticas, e inmediatamente pasó a explicar la situación. Inglaterra había iniciado la guerra, explicaba el orador, atacando a Polonia. En consecuencia, los alemanes tuvieron que adoptar una posición defensiva allí y, con el objeto de hacerla invulnerable, se vieron forzados a ocupar varios países como una medida puramente temporaria. A estos países llegaban por el propio bien de sus habitantes, pues de lo contrario Inglaterra los ocuparía, y esto era en particular lo que acontecía con La Tierra. El mismo Hitler había designado un Protector para La Tierra, y, si

éste era debidamente obedecido, su protección sería igualmente compartida por todos, y La Tierra gozaría del privilegio de ganar para sí la más alta cultura posible, que sólo les estaba reservada a aquellas naciones que se plegaran al nuevo orden europeo establecido por Adolf Hitler. La resistencia sería castigada muy severamente y era por lo demás inútil, porque ellos no poseían fusiles y no tenían posibilidad de luchar en las llanuras, donde serían impotentes frente a los enormes tanques alemanes. Cualquiera que se internara en las montañas cometería una locura, pues los aeroplanos alemanes, de los que había cientos de miles, podían sobrevolar las montañas con la misma facilidad con que los tanques se deslizaban sobre la llanura, y aún más velozmente. El ejército se había rendido y era deber de todos los civiles el mantener el orden y observar la compostura debida. Los alemanes no les deseaban más que el bien, y él se lo agradecía pidiendo a los congregados tres hurras por Adolf Hitler. Obtuvo la respuesta de unos pocos; el resto permaneció en silencio; y tres hombres que no habían dado los hurras fueron separados del grupo por la policía alemana e inmediatamente fusilados.

El eco de la descarga proveniente de un bosquecillo cercano, donde los hombres fueron fusilados, llegó, como se lo proponían, hasta la plaza central. Pero en lugar de causar el efecto que los alemanes habían planeado, causó en cambio, dos efectos. Uno de ellos fue el que los alemanes deseaban: atemorizar; pero sobre la mayoría de la multitud causó el efecto que los alemanes nunca han podido comprender.

No hubo protestas: todos los congregados en la plaza estaban inermes. La multitud se alejó prestamente del orador y abandonó con más lentitud los alrededores de la plaza.

Entre los dispersos se encontraba Srebnitz, el sobrino del anciano que narró esta historia en Londres. Srebnitz acababa de terminar sus estudios secundarios y no había

ingresado aún en la Universidad, donde debía presentarse dentro de dos semanas a cursar el primer ciclo. Se alejó del lugar apesadumbrado y su ánimo fluctuaba entre los dos estados que hemos mencionado. Regresó a la casa donde vivía con sus padres en una calle no lejos de la plaza. Entró en la habitación en la que se hallaban sentadas sus mayores. Su madre levantó rápidamente la vista al oírlo entrar, pero no dijo nada. Su padre ni siquiera lo miró. Por fin. Srebnitz habló:

—¿Acabarán con La Tierra? —inquirió el muchacho.

Su padre sonrió tristemente.

—Eso es imposible —exclamó.

—¡Oh, no! —fue la respuesta de la madre.

—¿Por qué es imposible? —preguntó el muchacho.

—Después de tres mil años de libertad —dijo el padre—, no puede estar perdida.

—Pero ¿por qué no? —quiso saber el hijo.

—Tú no sabes lo que significan tres mil años —replicó el padre—. En todo ese tiempo la libertad se endurece tanto que llega a semejarse a una roca en el corazón de una montaña, que no puede destruirse y que no desaparece jamás.

—No tenemos fusiles —dijo el muchacho.

El padre suspiró y se encogió de hombros, mas no abandonaba su punto de vista. La mujer no decía nada, pero aceptaba su temperamento y deseaba que su hijo compartiera la opinión del padre. Pero el hijo sólo repetía los argumentos acerca de las montañas y los tanques y las llanuras que el hombre había usado en su discurso de la plaza. Y su padre no tenía nada que decir contra esos argumentos, porque los tanques y los aviones eran una novedad para él, o mejor, para su mente: él había oído hablar de ellos desde hacía más de veinte años, pero no había pensado mucho en esas cosas. Del fondo de sus pensamientos surgía claro el de La Tierra y sus tres mil años de historia, y él sentía que los aeroplanos pasan y se van, así

como otras invenciones que hoy nadie recuerda, mientras que La Tierra debe seguir viviendo eternamente. Pero eso tan sólo era lo que podía repetir, que La Tierra era eterna, y no tenía otra cosa que decir a Srebnitz cuando éste preguntaba qué podía hacerse por salvarla. Srebnitz poseía un rifle de aire comprimido al que durante los últimos cinco años consideraba el principal tesoro de su vida. Acostumbraba ir con él a las montañas detrás de la ciudad, y a veces, muy raras, cazaba un conejo.

—Tengo mi rifle de aire comprimido —exclamó.

Mas su padre se limitó a sonreír. «¿Por qué?», pensó el muchacho, y sintió que la sonrisa era injusta. Su padre no podía ofrecerle como ejemplo ninguna proeza actual, nada material que pudiera ser de uso práctico. Y cuando él mencionaba algo, pequeño, pero al menos efectivo, lo enfrentaba con la indiferencia. Casi se rebeló, para defenderse a sí mismo y a su rifle; pero observó el aspecto abatido del rostro de su madre, y la suerte del país le parecía tan desesperada, que se alejó descorazonado de la sala y subió a su cuarto.

En una atmósfera que vibraba con los acontecimientos, cada sonido parecía magnificarse. Escuchó golpear el llamador de bronce contra la puerta de calle y enviar sus ecos a través de toda la casa, y ese hecho trivial alteró su ánimo de la misma manera que un guijarro puede alterar la quieta superficie de una casa. Y esa momentánea alteración tuvo un efecto benéfico sobre el muchacho, pues sus esperanzas se encontraban en ese instante en el nivel más bajo y cualquier cambio era conveniente para su espíritu.

Descendió la escalera con la impaciencia de un hombre que está aguardando a un visitante, aunque no esperaba a nadie, y al abrir la puerta halló a su amigo Gregor, un joven que había ido a la escuela con él y que ingresara en la Universidad el año anterior. Allí estaba parado, con su hermoso rostro meridional, cabellos oscuros y ojos penetrantes, y Srebnitz descubrió en seguida que esa expresión de angus-

tia que se observaba ahora en todos los rostros no era la de Gregor. Dos mujeres pasaban por la calle, ambas con lágrimas en los ojos, pero los ojos de Gregor irradiaban destellos luminosos, como lo hacían siempre que hablaba con Srebnitz, y el ánimo de éste se elevó ante la presencia de su amigo. En su mirada había un rayo de esperanza, era como una luz en la oscuridad completa. Quizá Srebnitz fuese voluble, pero éstos eran tiempos en los cuales todos los hombres eran volubles.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Gregor.

¿Hacer? Parecía que no hubiese nada que hacer. Asimismo, la sola pregunta alentó a Srebnitz. Gregor debe pensar que algo puede hacerse. Srebnitz sentía por Gregor la admiración que todos los muchachos sienten por un joven mayor, escogido entre otros muchachos mayores como uno que se destaca aun entre ellos. Todos los jóvenes de más edad son maravillosos para los muchachos menores: en verdad, medio año es un fenómeno que marca una real, casi misteriosa diferencia, que raramente existe entre los hombres adultos. Y, agregada a esos pocos meses de edad extra, se hallaba la propia superioridad de Gregor, que lo hacía descollar aún entre sus exactos contemporáneos. O al menos, así le parecía a Srebnitz. El mundo sabe poco de las grandes figuras entre los dieciocho y los diecinueve años de edad, tal como son vistas por aquellos entre los diecisiete y los dieciocho años. A veces un muchacho así cumple su promesa y asombra al mundo de la misma manera que asombrara a los demás jóvenes que lo conocieron: con más frecuencia, las oportunidades de la vida y su propio carácter, entretejidos, producen algo que pronto se esfuma en la luz de los años, mientras que un muchacho de quien nadie se acuerda, recibe al fin de la humanidad la clase de honores que hubiesen correspondido al capitán del once futbolístico. Pero no era en el fútbol donde Gregor más se destacaba, deporte este que practicaban por mera curiosidad, ni tampoco en el propio juego nacional: no era precisamente



por los deportes que Gregor conseguía despertar la admiración de Srebnitz, sino por la intensa luminosidad de su mente, la que podía llegar hasta el corazón de la poesía como el colibrí llega hasta el corazón de las flores.

Era en las conversaciones de Gregor que Srebnitz hallaba mundos totalmente nuevos. Era para Srebnitz todo lo que Chapman fue para Keats. Le citaba pasajes de Byron, de quien ya Srebnitz tenía conocimiento, y le explicaba que existían también otros poetas en el mundo ajeno a La Tierra. Lo había asombrado con Coleridge. Le había narrado, toscamente, en su propio idioma, la historia de Kubla Khan. El propio Gregor no dominaba mucho el inglés y su relato lo vertía en prosa, pero su ardiente entusiasmo lograba transmitir el encanto. Extraños fragmentos del poema se anidaban en la mente de Srebnitz y crecían en ella como flores de semillas exóticas.

«Se oían allí voces muy viejas —había dicho Gregor— que profetizaban la guerra». Ésa era una de las imágenes de una escena rara y oscura que la imaginación de Srebnitz guardaba con mayor celo.

Otro fragmento decía del canto de una joven. «Ella cantaba del Monte Abora», habíale repetido Gregor con la mirada encendida. Si Srebnitz hubiese tenido alguna idea acerca de dónde se encontraba el Monte Abora, su influencia sobre su imaginación y sobre todos los recuerdos de su vida hubiera sido más débil. Empero, así como él lo sentía, los jardines y bosques de una nueva y maravillosa tierra se agregaban a las fantasías que su mente había elaborado, y allí reposaban entre los hechos y las ilusiones que contemplaba cada vez que volvía la mirada hacia su interior. Y en aquellos jardines cantaba siempre una muchacha; y muy lejos, detrás de los jardines y sobre los bosques, como una figura gris recortada en el pálido cielo, se erguía la cresta del Monte Abora. Marcada sobre un mapa, era tan sólo una montaña. De haberla podido ver con sus propios ojos, seguiría siendo una montaña, una cosa material, privada de

encanto. Pero un Coleridge hablaba de ella, y si la traducción ajaba el relato, Gregor le inyectaba nueva vida, y todo ello era tan maravilloso como para convertirse en el tema de una canción. Y la joven abisinia la hacía más cercana, proclamándola a todos los ámbitos del mundo con una fuerza negada al mismo Mahoma.

Y he aquí a Gregor preguntando a Srebnitz qué pensaba hacer, como si una elección libre fuese todavía posible; como si, después de todo, la libertad no hubiese abandonado La Tierra. ¿Qué podía hacerse?

—Y tú, ¿qué piensas hacer? —preguntó Srebnitz.

—Me voy a la Montaña —fue la respuesta.

Oyóse un golpear de botas contra el pavimento. Los muchachos entraron en la casa. Mientras subían al cuarto de Srebnitz, Gregor explicó que se estaba reuniendo un ejército, encabezado por Hlaka, un veterano de una guerra pasada, quien había huido a la Montaña y se hallaba ya entre sus más altos picos cuando los alemanes entraron en la capital, y sus secuaces se plegarían a él uno por uno. Al principio Srebnitz escuchaba con ardiente entusiasmo, pero en su cerebro pronto comenzaron a retumbar como truenos los argumentos del traidor de la plaza: ellos no tenían cañones ni fusiles. Toda luz desapareció de los ojos de Srebnitz mientras atravesaban la habitación en dirección a la ventana.

—No tenemos fusiles —dijo Srebnitz.

—Allí hay muchos —exclamó Gregor indicando la ciudad.

El ruido de la marcha se aproximaba: era un batallón de infantería alemán que descendía la calle. Gregor abrió la ventana y agitó su pañuelo al paso de la columna, gritando al mismo tiempo: *Sieg heil!*

—¿Qué significa eso? —preguntó Srebnitz, confundido.

—No lo sé —dijo Gregor—, pero es algo que gritan los alemanes.

—¿Por qué lo haces?

—Porque quiero uno de sus fusiles —replicó Gregor.

Srebnitz miró con asombro su rostro y no vio más que una firme determinación. La confusión de Srebnitz no afectó esa determinación, y allí quedó como grabada en piedra. Entonces Srebnitz supo que Gregor tenía realmente un plan y que algo podía hacerse. Gregor se volvió nuevamente hacia la ventana, donde continuó agitando el pañuelo y gritando: Sieg heil! Transcurrió un tiempo antes de que abandonara la ventana.

—Todo hombre que traiga consigo un fusil —dijo— será admitido en el ejército de Hlaka.

—¿Un fusil alemán? —preguntó Srebnitz.

—Un fusil alemán —asintió Gregor.

Gregor abrió de nuevo la ventana y vio alejarse la retaguardia del batallón alemán. Ya no agitaba más el pañuelo y ahora había un nuevo fulgor en sus ojos. Luego cerró las hojas de la ventana y volvió a dirigirse a Srebnitz.

—Y hay que traer algunas balas, si se puede —continuó—. Los fusiles no son útiles sin balas.

—¿Te vas en serio?

—Parto esta misma noche.

—¡Qué interesante! —exclamó Srebnitz.

—De ninguna manera —respondió Gregor—. Es verdaderamente terrible. Cuando yo me haya ido habrá represalias, y ellos matarán a mucha gente.

—¿Matarán a gente inocente? —preguntó Srebnitz con voz entrecortada.

—No sé qué significa eso de «gente inocente» —dijo Gregor—. Ellos matarán a gente que no ha hecho nada, todo porque yo he cumplido con mi deber. Es terrible. Será como si yo mismo hubiera clavado un puñal en sus corazones. Pero nuestro pueblo debe ser libre. O morir. Muchos han muerto en tres mil años. Pero todos los que han vivido han sido libres. Tenemos que ser libres.

Srebnitz miró a su amigo, y la esperanza le llegó entre ensueños, como cierta vez Gregor había hecho llegar el

Monte Ahora a su imaginación.

Gregor continuó:

—Dirás *Heil Hitler!* en todas partes donde vayas. Al momento le gusta, y sus esclavos insisten en ello. Dilo cada vez que hables con alguien, así como al terminar una conversación. Yo agité mi pañuelo desde ta ventana y lancé uno de sus gritos, de modo que no vendrán aquí al principio cuando anden en busca de gente para fusilar. Pero algún día vendrán, asimismo, y es preferible morir en la Montaña. Ellos matarán a tus padres cuando vengan.

Srebnitz tragó con dificultad.

—¡Ellos no harán eso! —exclamó.

Gregor observó de arriba abajo a su amigo, parándose frente a él.

—Tienes que entender a los alemanes —dijo—. Aclárate bien la mente. Si ellos son hombres decentes e inofensivos, entonces tú no sentirás deseos de matarlos, al menos de la manera que lo haremos nosotros. Debes descubrir de qué clase de gente se trata antes de saber cómo tratarlos. Tú no matas al perro de tu vecino, sino que matas al zorro. Descubre por ti mismo quienes son y entonces sabrás cómo compórtate con ellos. Cuando estés listo, ven a la Montaña.

La Montaña se hallaba próxima a la ciudad. Desde la misma ventana podían divisar los altos picos y observar unas manchitas movedizas, que eran cabras: no se veía allí otro signo de vida.

—Ya estoy listo —dijo Srebnitz.

—No —replicó Gregor—. Tú crees simplemente en lo que yo te digo. Eso está muy bien. Pero aguarda hasta que lo sepas por experiencia. Pelearás mejor entonces: lo harás como tenemos que hacerlo. Esta no es la guerra, tú sabes. No habrá batallas, ni medallas, ni gran estrategia. Será una lucha de guerrillas. Mataremos, como matamos a los animales, es decir, como lo hacen los matarifes en el pueblo y los cazadores en la montaña.

Para mayor asombro, Srebnitz vio que su amigo se disponía a partir. Lo miró sin saber qué hacer. Gregor no le había dado instrucciones muy precisas y para ello no podía confiar en nadie más que en él. Esperando aún que le dijese cómo actuar, le preguntó:

—¿Pero dónde conseguiré un fusil?

—Tú tienes un cuchillo, ¿no es cierto? —preguntó a su vez Gregor.

—Sí —respondió Srebnitz.

Y al decir esto vio que el rostro de su amigo se iluminaba con una encantadora sonrisa que permaneció en él mientras atravesaba el cuarto y brillaba todavía al volverse para cerrar la puerta.

## II

**S**REBNITZ bajó a la habitación donde se hallaban sentados sus padres con el corazón pleno de esperanzas.

—Hay un ejército allá en la Montaña —anunció—. Pronto libertará a La Tierra.

Media hora antes su padre le decía que había esperanzas, cuando él no tenía ninguna. Ahora se encontraba informando a su padre sobre el mismo asunto, como si se tratase de algo nuevo. Naturalmente que no estaban del todo de acuerdo: aquel hombre no iba a quedarse sentado en su silla recibiendo instrucciones de su hijo, especialmente acerca de una cuestión en la que unos minutos antes había sido el instructor.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó el padre.

Y cuando el muchacho dijo que había sido el brillante Gregor, encontró tan sólo que su amigo no significaba nada para su padre y que éste no creía en tal ejército. Entonces mencionó el nombre de Hlaka, y eso sí impresionó al padre. ¿Pero dónde estaba Hlaka? ¿Cómo podía llegarse hasta él? De pronto surgió en la mente de Srebnitz el recuerdo de las horribles palabras de Gregor de que ellos matarían a sus padres. Srebnitz no le creyó, y eso era lo que quería significar Gregor cuando decía que él no estaba listo todavía para ir a la Montaña. No lo había creído, y aun así aquellas palabras le causaban ahora una angustia jamás experimentada. Porque era algo terrible de pensar, aunque no fuese verdad. Mientras conversaban, se oyó llamar a la puerta con golpes extrañamente distintos a los de Gregor.

Parecían tan impacientes que Srebnitz corrió a abrir la puerta. Había en ella un mayor prusiano.

—*Heil Hitler!* —dijo Srebnitz.

—*Heil Hitler!* —replicó el mayor.

Era cierto entonces, ellos hablaban así.

—*Sprechen Sie Deutsch?* —dijo el mayor.

—*Nein* —respondió Srebnitz, porque las palabras cambiadas hasta ahora eran las únicas que éste sabía del alemán. Entonces el oficial prusiano comenzó a hablarle en su propio idioma con un acento bastante puro.

—Me hospedaré en esta casa —dijo el oficial.

—¿No desea entrar? —dijo Srebnitz, porque pertenecía a una raza que, aunque era vehemente, conocía los buenos modales. Hizo pasar al oficial a la sala. La madre de Srebnitz se incorporó tímidamente de su silla, pero su marido rehusaba moverse. Este hombre no era su invitado y él descendía de un pueblo de libres.

—Me hospedaré aquí —dijo el oficial prusiano.

El anciano asintió con la cabeza; ahora era ya imposible desligarse del alemán.

—Hemos venido a salvaguardar nuestras fronteras contra la agresión —comenzó el oficial—, y por el bien de vuestra propia Tierra.

El anciano se movió ligeramente en su silla, tratando de alejarse del intruso.

—En todas partes es lo mismo —dijo el alemán a Srebnitz—. Los viejos no han aprendido todavía, pero los jóvenes están todos con Hitler.

Srebnitz quedó en silencio por un instante, y luego exclamó:

—*Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —repitió el alemán.

El padre de Srebnitz enarcó una ceja; la madre se sentó en silencio.

—Muéstrale tu dormitorio al oficial —dijo el padre—. Tú dormirás aquí en el suelo.